

Precios de suscripción

En Lorca mes . . . 0,40 pesetas
Fuera 0,50

EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54

No se devuelven los originales

ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

TODOS PARA UNO

SIN ENMIENDA

No pensábamos insistir más sobre el asunto de que vamos á ocuparnos. Quizá por última vez tratemos de ello, porque la apatía ya raya en lo punible y el país lo tolera mansamente, como si no se apercibiera de la magnitud del mal ó fuese un pueblo totalmente abyecto.

Un desdichado enfermo, José «el fraile», padece una terrible dolencia; un cáncer en la boca. Por caridad, y como medida indispensable para la salud pública, ese hombre debiera estar recogido en su casa por cuenta del Municipio.

Pero como el infeliz no dispone de medios de vida, discurre por las calles de Lorca dejando á cada paso regueros de sangre. El otro día, en la calle de Prim, suspendió su marcha más que fatigoso, cadavérico y apoyado en un niño que le sirve de acompañante, ¡pobre víctima!, arrojó tal cantidad de sangre por la boca que formó un pequeño charco.

Las vulgarizaciones científicas han hecho llegar á conocimiento de los más profanos en materias de higiene, que el virus sanguinolento de tales enfermedades contiene el germen de infinitas reproducciones.

Cuando presenciamos el espectáculo (que por desgracia tan continuamente se reproduce) era jueves, día de mercado. Sobre la sangre se echó un poco de tierra que en vez de evitar el peligro lo agravaba, pues oculta la sangre á la vista de los transeuntes parábase allí muchas, muchísimas personas, especialmente mujeres.

El sol, que apretaba con bastante fuerza, pronto formó una masa compacta de la sangre y la tierra.

Las mujeres que por allí discurrían tan descuidadamente haciendo volar el polvillo con el roce de las faldas ¿cómo habían de sospechar el peligro inmenso de que en ellas tenga reproducción la enfermedad cancerosa?

Esto no es sólo una enormidad, es una vergüenza.

En los países cultos han llegado ya á adoptar como medida higiénica el establecimiento de escupideras en las calles, cafés y demás sitios públicos, con el fin de evitar la propagación de las enfermedades.

En Lorca, no sólo se consiente que las calles y alcantarillas sean depósito de basuras é inmundicias, sino que este caso concreto de José «el fraile» se mira con un indiferentismo rifeño.

¿Que la reproducción de la terrible enfermedad puede hacer víctimas á infinidad de personas? ¿y qué?

Si con no aislar y recoger á este infeliz el municipio se «economiza» DOS O TRES pesetas diarias ¿no es ya una «ventaja»?

¡Como que con eso hay «por lo menos», para pagar un «cnónigo»!

LA CATÁSTROFE DE LA MINA

Cuatro son hasta la fecha los fallecidos en el Hospital á consecuencia de la explosión ocurrida en Serrata.

Y no es eso lo más triste y desconsolador, sino que á juzgar por las impresiones que llevamos recogidas, y dada la gravedad de las restantes víctimas, no hay para qué hacerse ilusiones, pues nada de extraño tendría dejasen de vivir después de horribles sufrimientos algunos más de los lesionados, quedando inútiles, los restantes, para el trabajo.

He ahí lo que ha conseguido con sus tolerancias y sus desidias los funestos mandarines de una política que avergüenza y apesta, los omnipotentes caciques protectores de todo género de inmoralidades y abusos, los fracasados representantes de un régimen desacreditado, que llevó á España á la ruina y desmembró su territorio, mató con arterias falaces allá en los mangales cubanos y filipinos millares

de inocentes españoles, que sólo cometieron el horrible delito de tolerar pacientemente, con resignación humillante los desmanes y tropelías y abusos de la serie innumera de nulidades que asaltaron el poder, merodeando sin dique que les contuviera en los ajenos intereses, en mal hora á ellos entregados para su defensa y administración.

He ahí el resultado de la burla tantas veces por nosotros denunciada; burla en la que fueron cómplices conscientes quienes teniendo el deber de hacerla respetar—que el puesto que ocupaban les exigía—la toleraron y autorizaron si su tolerancia les representaba la adquisición de algunos votos para sumarlos á aquellos que arrebataban por la fuerza y la amenaza cuando no por otros medios más ruines y bajos.

¡Que entrañaba un probable conflicto de orden público! ¿Y á ese conflicto imaginario, abultado por los interesados en que la Ley fuese burlada, temieron las autoridades?

No podemos creer en ese temor porque conocidos son sobradamente de qué son capaces para conseguir sus propósitos.

Pero aun cuando así fuese, concediendo que se acobardaran ante el temor de complicaciones y riesgos, ¿no hay medios que conjurar pudieran la crisis originada por hacer respetar la Ley en todas sus partes?

Solicitando, como ya lo han hecho otros Ayuntamientos, la rebaja del Impuesto de Consumos, habríase dado un gran paso al objeto.

No se ha hecho, y poco importa que vayan antes de tiempo al Cementerio unos cuantos desventurados chiquillos, quedando inútiles los restantes; nada representa á los ojos de los ensoberbecidos mandarines, ver por esas calles toda una generación de medios hombres por la talla, de faz amarillenta y enjuta, obstantando en sus semblantes las imborrables huellas de una vejez prematura, raquítics, enfermizos, denotando á la simple vista que el esfuerzo de un trabajo violento y

rudo, impidió el crecimiento y desarrollo del organismo.

Y ahora para acabar de completar el cuadro, la explosión traidora imprevista—, que quizá sea lo segundo—arrojando en los camastros del Hospital los cuerpos de nueve infelices trabajadores que entre espantos de sangre carbonizada, y dolorosos lamentos de angustia, ven un porvenir siniestro y desventurado, un mañana de calamidades y amarguras, sintiendo al propio tiempo la feroz punzada de la duda al observar, como hoy uno, mañana otro, después un tercero, entre los mismos agudos dolores é iguales insufribles contracciones que las que ellos sufren, dejan de existir y van á aumentar en el libro de víctimas de las infamias sociales el número incontable de mártires, sacrificados á las conveniencias estúpidas y justiciables de unos cuantos afortunados, que agarrotan sin reparos á toda legión inmensa de obreros y trabajadores, de cuya sangre se nutren; con cuyo esfuerzo se enriquecen y de cuyo trabajo se aprovechan á mansalva, por la tolerancia estúpida y el servilismo indigno de un pueblo que tiene en su mano el medio de dominar por la fuerza á los ladrones de su pan y su tranquilidad.

¿De qué te sirve ¡oh pueblo! tu inmenso poderío, si no te sublevas y haces morder el polvo á los que te azotan y laceran?

DE PROCESIONES

De las comisiones que en la reunión convocada por la Cámara de Comercio, se nombraron, han cumplido ya su cometido las de tejidos y confiterías con un resultado bastante lisonjero.

De responder en igual forma los demás gremios, se llegará á reunir una cantidad de bastante consideración y ya con esta base podrán empezarse las gestiones con «azules, blancos», y demás pasos, al objeto de ver si con la anticipación necesaria se llega á un acuerdo.

De desear es que así ocurra, pues